

sipándose, llegaron á confundirse é identificarse en la region de lo absurdo. (497)

El Principe de Gáles salió de Madrid á 9 de Setiembre, paró en el Escorial, y á 12 se despidió de la real familia en Valsin, abandonando para siempre nuestra patria. En la suya aguardábale un trono y un cadalso. (498)

CAPITULO V.

Llueven sátiras sobre Alarcon; ábresele proceso en la academia de D. Francisco de Mendoza.

Antes de partir el inglés, comenzó á venderse al pié de la torre de Santa Cruz, é impreso por la viuda de Alonso Martin, el malhadado poema. Comprende setenta y tres octavas reales, con su gongorina dedicatoria del caporal en ménos de cuatro renglones, que le costaron sudores de muerte. Héla aquí y juntamente el rótulo: «*Elogio descriptivo á las fiestas que su Majestad del Rey Filipo III hizo por su persona en Madrid á 21 de Agosto de 1625 años, á la celebracion de los conciertos entre el serenísimo Cárlos Estuardo, príncipe de Inglaterra, y la serenísima Maria de Austria, Infanta de Castilla.*—Al Duque Adelantado, etc.—Quien yerra obedeciendo, no desmerece

errando, en esta confianza se atreue este papel á las manos de V. Exc. y en essa no teme las demás. Guarde nuestro Señor á V. Exc.—El licenciado DON JUAN RUYZ DE ALARCON Y MENDOZA. » (499)

El castigo de lo malo está en que, favoreciéndolo y pagándolo bien el público, lo censura y maldice. Las octavas parecieron mal, muy mal, y con razon; y no contentaron á los justadores. Nadie vió en ellas el claro espejo de finísimo cristal que retrataba las fiestas; nadie la curiosidad y alborozo del pueblo, el gallardo alarde y presuncion de los nobles, el orgullo español satisfecho, las esperanzas de unos, la rivalidad y desasosiego de otros; ni el cuidado amoroso de una Reina tan hermosa y tan niña, próxima á ser madre por la primera vez; ni las cariñosas miradas de los augustos y felices novios. Roncas y soñolientas las Musas, y como abrumadas por una pesadilla, fueron incapaces de mover el corazon y de herir vivamente la fantasía.

Todo el apostolado colaborador prometió el secreto; pero rezumándose alguno, llegó á traslucirse muy pronto la verdad del caso.

Góngora, que jamás perdía la ocasion de satirizar cuanto pasaba en la corte, ni podía llevar á bien que para una composicion culta se hubiera acudido á un *pato del aguachirle castellana*,

motejándole de solapado y conchudo, gritó dando aviso á los demás poetas resentidos, á fin de que viniesen á caer sobre la carne muerta como bandada de cuervos:

De las *ya fiestas reales*
Sastre, y no poeta seas,
Si á octavas como á libreas
Introduces oficiales.
¿De ajenas plumas te vales,
Corneja? ¿Desmentirás
La que adelante y atrás
Gémina concha te viste?
Galápago siempre fuiste,
Y galápago serás. (500)

A deshora sábese en la academia de D. Francisco de Mendoza, secretario del Conde de Monterey, haber recibido este príncipe un sazoadísimo «*Comento contra setenta y tres stancias que D. JUAN DE ALARCON ha escrito á las fiestas de los conciertos hechos con el Príncipe de Gáles y la señora infanta María;*» dicese que va precedido de su dedicatoria por los mismos puntos que la de ALARCON, haciendo juez del litigio al poderoso Conde. Arden todos en deseos de conocer aquella censura; el presidente Mendoza se deja rogar, pero cede; y leídos algunos renglones, denuncian por feliz autor del papel crítico al insigne D. Francisco de Quevedo. (501)

El cual comienza su crisis diciendo ser menester los setenta y dos intérpretes si han de entenderse las octavas; y que la estancia que hay de más para llegar al número de ellos, se quedará sin entender hasta que Dios ordene otra cosa, por ser todas metáfora de metáforas, enigma de enigmas y confusión de confusiones. Acude, como en sus obras serias, á la autoridad de Aristóteles para demostrar en qué consiste la bondad de la locucion; y pone una lista de las voces forasteras no conocidas ni oídas en nuestro idioma, que encuentra en el *Elogio*, pareciéndoles ántes nombres de diablos en conjuro, que de poeta en copla. No deja hueso sano á los cuatro renglones de la dedicatoria; y se extrema contra los apellidos de DON JUAN, observando que crecen como hongos. «Ayer se llamaba *Juan Ruiz*, añadiósele el *Alarcon*, y hoy ajusta el *Mendoza*, que otros leen *Mendacio*. ¡Así creciese de cuerpo! que es mucha carga para tan pequeña bestezuela. Yo aseguro que tiene las corcovas llenas de apellidos. Y adviértase que la D no es Don, sino su medio retrato.» En fin, entra por las octavas como D. Quijote por los rebaños de carneros: las apalea, trincha y desmenuza con el acierto, oportunidad y donaire de *La Perinola*, y con mayor buen gusto y ciencia todavía. ¡Lástima que tan sañudamente saque á plaza los de-

fectos físicos del colector; como si estuviera en su mano el corregirlos! (502)

Habiendo dado término á la censura, advierte que le dijeron por cosa cierta que las estancias no eran del SR. D. JUAN, sino que él las pidió á diferentes personas; cuyos nombres pone en seguida, sin graduacion de méritos, expresando el número de estancias que cada cual compuso:

D. Fernando de Lodeña.	8
D. Diego de Villégas	6
El Dr. Mira de Mescua.	7
D. Pedro de la Barreda	5
Anastasio Pantaleon.	8
Luis de Belmonte.	10
Juan Pablo Mártir Rizo.	6
Antonio López de Vega.	4
Manuel Ponce.	4
Francisco de Francia	2
Diego Vélez de Guevara.	6
Luz Vélez de Guevara.	7

«De modo que todas estas partidas suman y montan 73 octavas; y el dicho SR. D. JUAN no hizo sino trastrocarlas y trasladarlas. Dificulté el dar crédito á ello, así por no persuadirme que nuestro poeta haria una cosa semejante, como por ser las octavas tan malas, y los autores dellas

de tanta opinion. Por esta razon lo pregunté luego á algunos dellos, y todos conformes me dijeron que eran suyas y haberlas compuesto para hacer burla de DON JUAN, porque llegaba á pedirles estancias en el estilo de Don Luis; y burlándose hicieron las que se han visto, sin pasarles por la imaginacion escribir de véras.» ¡Y se atrevieron á decir esto! ¿Pudo nadie, en aquella época, tomar á broma los elogios del Monarca y la decente pretension del Duque de Cea? Si se examinan los escritos de los más de aquellos poetas, y aun los del mismo Quevedo, ¿será difícil encontrar algo tan confuso como las octavas? (503)

Quevedo echa en cara á D. JUAN haber creído ofrecer al Duque un trabajo digno, «confiado en la misma satisfaccion suya, que es la que todos sabemos.» Es decir, que le tenia por hombre muy pagado de sí propio. En sus comedias aparece modesto; y si no lo fué, porque no siempre el hombre está de acuerdo con sus obras, bien podia desvanecerse un poco el dramático que aventajaba á los de su siglo en exquisito gusto, correccion y filosofia; el que dió á todas sus obras una tendencia crítica y doctrinal de sumo precio; el que en ellas sacó á la censura pública algunos vicios del teatro, y el que dejó á los ingenios por venir la más firme y hermosa pauta

del diálogo y contextura escénicos.—La academia se desternilló de risa con el *Comento*, cuya publicacion debemos al Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que por este señalado servicio, si ya no tuviera tantos, mereceria la gratitud de las letras españolas. A una voz clamaron los académicos se abriera proceso al audaz casamentero de estancias gongorinas, y se le impusiera la condigna penitencia. De esta suerte presentábase oportuna ocasion de que sus émulos, considerándole ahora como árbol caido, se apresurasen á hacer leña de él furiosos y desatados. El ejercicio de la difamacion y de la critica mordaz tenia entónces muchas quiebras, y era sumamente difícil guardar el incógnito. Saliendo, pues, al raso, decidieron acosarle como á toro garrochado en la junta, encubriendo su dañada intencion con el tono festivo de un lícito vejámen. (504)

Señalóse dia para ello, al repartir anticipadamente los siete de la semana, segun costumbre, mandando que sobre el particular cuidase cada socio de traer su parecer en una décima. Diez y seis han llegado á nosotros, publicadas trece de ellas por José de Alfay el año de 1654, en Zaragoza, con varias poesias de grandes ingenios españoles, donde llevan el siguiente epigrafe: «Décimas satíricas á un poeta corcovado que se valió de trabajos ajenos.» En 1860, con tres más,

hasta entónces desconocidos, y con variantes de importancia en las anteriores, ha enriquecido esta parte el Sr. Hartzzenbusch. (505)

Ingenios tan eminentes como Góngora, Lope, Quevedo, Vélez de Guevara, Mira de Amescua y Salas Barbadillo; de no menor fama, como Andrés de Claramonte, Pérez de Montalban, Don Antonio de Mendoza, Fray Juan Centeno, Don Alonso del Castillo y Solórzano y Don Juan de Espina; ó ya casi olvidados, como D. Gonzalo de Heredia, D. Alonso de Pusmarin y Luis Tellez; ó desconocidos, como un anónimo aragonés, son los autores de las décimas. Cuáles declaran, paladinamente, que el poema se habia escrito de consuno; esto es, unidos en comandita varios ingenios; cuáles se ensañan con la persona de DON JUAN exclusivamente; y no repara el anónimo en decir que éste se embolsó los dineros del Duque de Cea, estafando á sus compañeros. Permitida era toda clase de zumbas, matracas, vayas y cordelejo en tales vejámenes; pero el aragonés rompió la fuerte barrera del decoro. (506)

Quevedo resume, en un solo verso y magistralmente, cuanto habia querido probar en la sátira analítica; á saber, que el *Elogio* no tiene cosa con arte, como era la verdad:

Yo ví la segunda parte
De Don Miguel de Benégas,
Escrita por Don Talégas
Por una y por otra parte.
No tiene cosa con arte,
Y así no queda obligado
El señor Adelantado,
Por carta tan singular,
Sino á volverle á quitar
El dinero que le ha dado. (507)

Si no se alude á la figura, ¿qué habia escrito en culto Don Miguel de Benégas, el quinto nieto del rey Chico? Y aquí del alguacil alguacilado: bien merecia su comentario el censor, en los dos versos últimos; pues constituyendo el dar, quitar, volver á dar y volver á quitar cuatro actos consecutivos y diferentes, pretende que el Adelantado pase del primero al último; recordándonos aquel cobarde tan chistosamente delineado por el Sr. Segovia, que consentia en batiarse la segunda vez, pero no la primera. (508)

Lope, dejándose de burlas, para dar mayor intencion á sus palabras, y como si se tratara de un asunto muy grave, dijo que si bien el procesado no era santo de su devocion, consideraba injusto que se le condenase por errores ajenos:

¡Pedirme en tal relacion
Parecer! Cosa excusada;
Porque á mí todo me agrada,
Si no es DON JUAN DE ALARCON.

Versos de tirela son,
Y así no hay que hacer espantos
Si son centones ó cantos;
Que es tambien cosa cruel
Ponelle la culpa á él
De lo que la tienen tantos. (509)

Mira de Amescua reclamó la mitad de las utilidades, en premio de haber inventado el componer de consuno, haciendo ostentacion de gra-
cejar sin ofender á la persona.

Es tambien de las sátiras ménos agresivas la de Luis Vélez de Guevara, y arroja luz sobre la historia del vejámen:

La dama que en los chapines
Te esperaba en pié muy alta,
Diga tu sobra ó tu falta,
¡Oh padre de matachines!
Porque por más que te empines,
Camello enano con loba,
Es de soplillo tu trova;
Aunque son de Apolo hazañas,
Que todo un juego de cañas
Te cupiese en la corcova. (510)

El Sr. Hartzenbusch infiere con razon que, invitado nuestro poeta á una tertulia ó reunion literaria, no acudió á la cita, ofendiendo con su descuido á la concurrencia. Y para confirmar su conjetura el ilustre autor de *Los Amantes de Teruel*, publicó dos décimas que se eslabonan

á maravilla con la anterior, y contienen un enigma y su resolucion ingeniosa. Por ellas vemos que ALARCON fué llamado á vistas; y que el temor de presentarse á la dura penitencia ante los ojos de su dama, le hizo prorumpir, al terminar el vejámen, en otra décima con el siguiente

ENIGMA.

Si á vistas me llaman hoy
A los ojos de mi bien,
Y he de morir si me ven,
Corazon, ¿adónde voy?
De diez una se la doy
A los sátrapas mayores
Que, con todos sus rigores,
Un verso destes traduzgan
En latin, y dél induzgan
La causa de mis temores.

Uno de los concurrentes, más benigno que sus compañeros, descifró el enigma con esta

RESPUESTA.

Segun Calepino, estoy
Cierto que en latin limado
Quiere decir *cor*, ¿quo vado?
«Corazon, ¿adónde voy?»
Y aunque sátrapa no soy,
Interpretó que rigores
De la muerte anunciadores,
Cuyos son corcova y años,
Al autor son desengaños
Y causa de sus temores. (511)

Tan elocuentes datos patentizan que, citado ALARCON para oír en la Academia de Mendoza el *Comento* de Quevedo, no concurrió, imponiéndosele en castigo el vejámen. Y son una prueba más de que las academias poéticas se realizaban con la presencia de las señoras de la casa, de ilustres poetisas y de muy discretas damas, gustosas de presenciar los nobles ejercicios del entendimiento. Entre ellas debieron contarse doña Beatriz de Zúñiga y Alarcon y doña Clara de Alarcon y Bobadilla. (512)

Desengañado y viejo nos presenta el Edipo de aquella tempestuosa noche á D. JUAN; y era que sus corcovas, achaques, descomposicion y mala color de rostro (pálido y enjuto en la mayor parte de los contrahechos), hacianle parecer mayor de los cuarenta y cuatro años que, á mi juicio, contaba. Enfermo y envuelto en la loba, pues por su defecto físico jamas se puso en cuerpo gentil, podia llamarse el caballero de la triste figura.

Sin embargo, una cruel letrilla que le disparó Quevedo pocos dias despues, y ciertas malévolas seguidillas de Montalban le denuncian travieso y enamorado. Esto se compadece mal con los años y desengaños, aunque Rodrigo Cota, en su diálogo del *Amor y un Viejo*, demostró que no hay reparo contra las flechas amorosas. Quevedo y Montalban pintan por aquellos dias

á nuestro poeta con cara de endecha y presuncion de aleluya, andando engañando *bobas*, merced á su falsa opinion de rico por indiano; y confiesan que era favorecido por las damas, bien que alcanzándolas, alcanzaba ménos:

¿Quién anda engañando *bobas*

Siendo rico de la mar?

Y ¿quién es en el lugar

Nonada entre dos corcovas?

¿Quién trae el alma en alcobas,

Y consigo propio trilla?

Corcovilla. (513)

Al aprobar Montalban la *Parte Veynte* de las comedias de Lope le reconoció por maestro de todos los poetas; y esto mismo puso ahora en boca de ALARCON:

Señor Lope de Vega,

Yo le prometo

De no hacer comedias

Ni hablar en verso.

¿Jesus! ¿qué tengo?—

Que *de los poetas*

Es el maestro.

.....

¿Jesus! ¿qué tengo?

Venga Lope de Vega,

Déme su ingenio.

Y por último le hace exclamar tambien en esas desalmadas seguidillas:

Digo que soy buitre,
 Pues que digiero
 Tanto hierros de vayas,
 Por hacer versos.

¡Jesus! ¿qué tengo?—
 ¿Qué? Por amigos hombres
 De cordelejo. (514)

Pocas poetas levantaron en aquel siglo tan grande polvareda como las dichosas octavas; pero á todo dió fin el cansancio de los émulos, sin que le tuviese la resignacion del mexicano.

CAPITULO VI.

Alareon y el poeta Camerino.—Sucesos de la corte.—Los plagia-
 rios.—Cuellos, valonas y golillas.—“No hay mal que por bien
 no venga.” “Don Domingo de Don Blas.—“¿El Condenado por
 desconfiado” es del maestro Tirso de Molina?

1623-1624

Antes de concluir el año de 1623, vióse ALAR-
 CON en el aprieto de escribir una décima elo-
 giando las doce *Novelas amorosas*, que en pro-
 sa y verso, iba luego á dar á la estampa José
 Camerino, mozo de muy floridos años, dirigidas
 al Sr. Ruy Gómez de Silva, de Mendoza y de la
 Cerda, príncipe de Mélito y duque de Pastrana.
 Era italiano y de ingenio agudo el jóven nove-
 lista; pero tan primorosamente manejaba la cas-
 tellana lengua, que parecia mas bien nacido ori-
 llas del Pisuerga que en la ciudad de Fano, de
 la Umbría, en tierras del Padre Santo. Saludá-
 ronle Rasyrio y Pedro de Rota con sendos epi-